

jugar albures, pues no se admite en ellos menos de tres pesos.

—No se juegan albures.

—Pues entonces ¿á qué juegas?

—Al imperial: seguidme, ya vereis, ya vereis cómo gano.

Y se dirigió hácia la mesa del *imperial*.

Félix, sin detenerse á ver el resultado del juego, siguió su paseo: visitó el palenque de gallos, donde tenian lugar unas tras otra las peleas de esos bravos animales, y en que se cruzaban gruesas sumas de dinero; en seguida recorrió algunas de las bellisimas huertas de la poblacion, y por último, fatigado por el calor y el cansancio, entró á una de las muchas neverías que en esos dias se improvisan por todas partes.

—¿Qué toma vd.—le preguntó un mozo que se acercó á él—de leche, de limon, de rosa, de fresa, de tamarindo, de zapote ó de lima?

—De limon.

—¿Vaso chicho ó grande?

—Grande.

—Está muy bien, señor amo.

Félix, que se habia colocado en un rincón, junto á una cortina que servia de division á la pieza para hacer de ella dos departamentos, se puso á tomar tranquilamente su refresco, cuando oyó algunas palabras que despertaron su curiosidad, pronunciadas por algunas personas que debian estar, sin duda, junto á él, pero á las cuales no podia ver, porque mediaba entre ellas y él, la cortina divisoria.

—¿Y dónde dices que encontraron muerto á ese hombre?

Preguntó una voz de mujer.

—En la esquina del *callejon de Mecateros* enfrente de las *Cadenas*.

—¿Y era jóven?

—Jóven, y de muy buena figura; blanco, de pelo rubio, y bien vestido.

—¿Y de qué era la herida?

—De pistola.

—Tal vez tendria algun rival y....

—Eso creen muchos, que le mataron sorprendiéndole traidoramente.

—¿Y hace mucho de eso?

—Yo lo he sabido hoy; pero creo que el suceso no pasará de dos ó tres dias.

Félix se sorprendió sobre manera: aquellas señas correspondian perfectamente con Nuñez.

Hacia precisamente tres dias que habia tenido lugar el concierto, y que habia oido tiros hácia al callejon de Mecateros, poco despues de haber salido de la reunion el jóven que tanto habia llamado la atencion, pulsando el piano.

Felix, como todo hombre de hidalgo corazon, se conmovió profundamente al escuchar aquella fatal noticia.

Cierto es que pocos dias antes habia experimentado cierto desasosiego interior al ver que ocupaba aquel hombre un lugar preferente en el corazon de la hermosa Soledad; pero aquel sentimiento moria ante el deseo de la felicidad de la interesante jóven.

La dicha de ésta le interesaba mas que la suya propia; y al considerar en el golpe fatal que recibiria al saber la muerte del sér que vivia á todas horas en su mente, su

corazon se oprimió de profunda pena y de letal melancolía.

Félix aplicó con mas atencion el oido para ver si en efecto correspondian con Nuñez las señas que siguiesen dando de la víctima, y se convenció de que no podia ser otro.

Triste con la consideracion del pesar en que aquella noticia sumergiria á la sensible Soledad tan luego como llegase á sus oidos, iba á levantarse para desempeñar su comision con Duval y volver al lado de la hermosa jóven, cuando le detuvieron estas nuevas palabras, pronunciadas por las mismas personas.

—¡Siempre matan á los buenos: ¿á qué no matan al *dotor* Willey?

—¡Qué ganas tiene mi compadre Margarito de que se muera ó maten al *dotor*!

—¡Y no tengo razon, compadre D. Loreto? Si ese hombre de *al tiro se pela* con *respeuto* á mujeres: ni nuestras novias están seguras con él: siempre que tenemos algun baile, allí está él platicando con la linda

*Piés de Plata*, mientras hace guñíos á la *Tangos*, y pela el *jalisco* á la *Federacha*.

—¿Y qué hay con eso?—contestó ésta:—  
¿No puede platicar con *quen le nazca*? La pena es para él, pues lo que nos dice nos entra por un oído y nos sale por el otro.

—¿*Quen sabe*.....! Al fin es de *futraque* y de *tiros largos*, y á las mujeres siempre les da por la *deciencia*; pero el día en que se me suba el *jumo* á las narices, le doy un *jierrazo* que le echo *juera* el *mondongo*.

—No diga vd. eso, compadre.

—¿Y por qué no?

—Porque es socio del señor Duval, por quien ganamos *harta* plata.

—Mas gana él por nosotros.

—¿Cómo!

—¿*Queren vdes., valedores*, que les diga lo que pienso?

—Sí.

—Pues en mi *conceuto*, los pesos que solemos conducir no son fabricados en ninguna casa de moneda de la nacion, ni los hace ningun empleado del gobierno.

—Pues ¿en dónde?

—En alguna de él.

—¿De Duval!

Félix prestó mayor atencion á lo que hablaban.

—Sí.

—Pero ¿en qué se funda vd., compadre, para decir eso?

—Me fundo en que siempre nos entregan el dinero en el pueblo á donde vamos, de noche y con muchas precauciones, y salimos antes de nacer el día.

—Eso no tiene nada de particular.

—¿No?

—No.

—Pues bien, aquí para entre nosotros—añadió bajando la voz cuanto le fué posible, pero no tanto que no pudiese oír Félix lo que decía—como que soy *pico largo*, y queria salir de mis dudas, partí una vez un peso, y ví que lo de encima era plata y el corazon de cobre.

Félix se sorprendió.

—¡Vaya! esa seria una casualidad.... ¡hay tantos pesos falsos!

—Eso creí yo al *prencipio*; pero como al

siguiente viaje partí otro, y luego otro, y todos me salieron iguales, ya casi no me queda duda de que Duval es monedero falso.

Félix no quiso escuchar mas: aquellas palabras habian despertado en él sospechas que se propuso descubrir.

Las grandes compras hechas con tanta frecuencia por Duval sin detenerse en ajustar los géneros; la franqueza con que muchas veces adelantaba al señor Flan gruesas sumas de dinero sin exigir premio ninguno, y las periódicas remesas en metálico que recibia del interior, todo concurrió á hacerle creer en aquel momento que las palabras que acababa de escuchar, no carecian de fundamento.

Levantóse, pues, de su asiento, y dominado por la sospecha que se habia introducido en su alma, y por el sentimiento de la muerte del jóven que, en su concepto, no podia ser otro que Nuñez, se dirigió á desempeñar la comision que le habia llevado á ver al señor Duval, resuelto á volver inmediatamente á México para descubrir lo

mas pronto posible la verdad, pero sin comunicarle nada al señor Flan, hasta no estar plenamente convencido de la verdad.

Al entrar en la sala de juego, tropezó con los mismos jóvenes que habia visto en la plaza, y que ahora salian llenos de alegría y de entusiasmo.

—¿Lo ven vdes. ahora?—decia el que se dirigió á jugar al imperial.—¿Ven vdes. cómo con la peseta gané treinta y seis de un golpe en el *imperial*, ó lo que es lo mismo, nueve pesos, y con los nueve pesos con que ya pude venir á jugar albures, he ganado cincuenta onzas?

—Es verdad.

—¿Y qué merecen vdes. ahora por haberse burlado de mi pronóstico, cuando dije que yo les proporcionaria el dinero para todos los gastos?

—Que nos lo dieses doble.

—Merecian vdes. que yo les dejase con el estómago vacío; pero no: vamos á comer todos, como entonces dije, opíparamente: despues iremos al baile del Calvario, en la

noche al de los Gallos, y mañana tempranito á México, para desempeñar nuestras obligaciones, y no volver á jugar hasta el año entrante.

—Dices bien.

—Lo malo es que en el baile no estarán las dos jóvenes mas lindas de México.

—¿Quiénes?

—Clotilde y Luz.

—Cierto.

—¿Y por qué?

—Porque la primera está en visperas de casarse con Duval, y por lo mismo, triste y retirada de las diversiones, pues le hacen renunciar, á Leopoldo; y la segunda se ignora á dónde la llevaron sus raptos.

—¿Pobre Leopoldo, y pobre Rafaell Pero, señores, yo tengo un apetito indecible, y puesto que hay quien haya ganado y nos convide á comer, estoy porque obsequemos las necesidades del exigente estómago.

—Apruebo la proposicion.

Gritaron todos.

—Pues á comer á la fonda.

Exclamó el que habia ganado.

Y todos se encaminaron hácia la fonda.

En el mismo momento en que aquellos jóvenes salian llenos de contento y de satisfaccion, se veia en la mesa de juego un hombre con los ojos encendidos, con la desesperacion pintada en sus facciones, y con los lábios blancos y secos por la ira.

Tenia clavada la vista en una carta, á la cual habia apostado cuatrocientas onzas.

Aquel hombre casi no respiraba, temiendo atraer la carta contraria con su aliento.

Un sudor frio bañaba su frente.

Su boca se veia entreabierta por un impulso de temor y de esperanza.

Media hora antes, aquel hombre casi habia sido dueño de cuanto tenia la *banca*; pero la suerte le volvió la espalda, y no le quedaba de todas sus ganancias, mas que lo que acababa de apostar.

Su ansiedad era extrema.

A cada carta que salia, sentia impulsos de retirar su apuesta; pero la esperanza de que podia salir la suya le contenia, y dejaba correr el albur dominado siempre de los mismos impulsos.

Cada carta que empezaba á asomar, era un salto que le daba el corazón.

¡Oh.....! aquel era un tormento inaudito que se prolongaba por lo mucho que se retardaba en decidir la suerte.

Aquel desgraciado era Diego; el esposo de Elisa.

La ambición de desbancar, de llevarse hasta la carpeta, si hubiera sido posible, le habia obligado á continuar jugando cuando se encontraba con una ganancia de cerca treinta mil pesos.

Creyó que indudablemente se le iban á realizar sus bellos ensueños de grandeza, y dejándose dominar por su codicia, desafió á la fortuna que le volvió el rostro indignada de que abusasen de su condescendencia y de su favor.

Ciego entonces por la ira y el despecho de verse contrariado, duplicaba las apuestas con la esperanza de acertar un albur y recobrar lo perdido, pero sus ilusiones se desvanecian ante la realidad.

Todo lo fué perdiendo.

La suerte se declaró su enemiga, y lu-

char contra ella era coabyuvar á su propia ruina.

—¡Oh.....! si llego á rehacerme de la cantidad de que ya era dueño, me retiró al instante á mi casa y no vuelvo á jugar en mi vida.

Decia interiormente en aquel momento en que el tallador iba corriendo la baraja.

Pero aquellas mismas palabras las habia dicho ya varias veces en aquel mismo dia, cuando miraba menguarse su capital; pero aunque tres veces se volvió á ver dueño de lo que habia poseido, otras tantas se olvidó de su propósito, y anhelando llevarse cuanto habia en la banca, llegó á verse por último en el caso extremo en que le acabamos de encontrar.

El albur entre tanto corria.

Era un cinco para un cuatro.

Diego iba al cuatro.

Sus ojos, fijos en la baraja, estaban inyectados por la sangre que se le agolpaba del corazón.

Su pecho estaba oprimido como por una plancha de hierro.

Su respiracion era desigual y agitada.

A cada carta que empezaba á asomar, su pupila se dilataba; la sangre suspendia su circulacion; una corriente fria helaba sus miembros, y un estremecimiento interno sacudia su naturaleza.

Nadie pronunciaba una palabra.

Un silencio sepulcral reinaba en la sala.

No se escuchaba mas que el ligero ruido de la baraja, que magistralmente corria el tallador, haciendo palidecer á cuantos rodeaban la fatal mesa.

Diego estaba demudado.

Casi convaleciente aún de su enfermedad y de su herida; débil su cerebro por la excitacion nerviosa, originada por sus continuas noches de vigilia, su continua agitacion y su falta de alimento, presentaba un aspecto el mas imponente y desgarrador.

De repente clavó la vista con mas ansiedad en la baraja.... apareció el principio de una carta.... era, á no dudar, un cuatro ó un cinco.... la ansiedad era terri-

ble.... El tallador corrió.... ¡Era un cinco....!

Diego se llevó la mano á la frente dándose una palmada; dejó escapar un gemido; se levantó de su asiento.... y salió á la calle con los ojos inyectados, con la corbata y el chaleco en desórden y frenético como un loco.

¡No tenia un real....!

¡Lo habia perdido todo....!

¡Ni aun contaba con la suma para tomar el billete del carruaje y volver á México....!

En aquel momento, dos hombres montaban en un ómnibus que regresaba á la capital.

Uno de ellos era Félix: habia desempeñado su comision y volvia pensando en la muerte de Nuñez y en la manera de descubrir la realidad con respecto á la conducta del señor Duval.

El otro personaje era Willey, que al ver al esposo de Elisa en la imposibilidad de volver por entonces al lado de su esposa, trataba de aprovechar aquellos instantes

oportunos para alcanzar sus depravados fines.

La noche empezaba á tender su negro manto sobre la anchurosa tierra.

Las salas de las casas de juego estaban ya espléndidamente iluminadas.

Dentro de ellas se escuchaba el ruido del oro.

Fuera, la plañidera voz de los miserables mendigos que demandaban una limosna.

Por una puerta se veía entrar á los que iban llenos de risueñas esperanzas, halagados por el dulce ensueño de ganar.

Por la otra se veía salir á otros, tristes y desesperados.

La plaza estaba llena de estos últimos, que se dirijian al baile para tener siquiera donde pasar la noche, y estar al abrigo de la intemperie, mientras otros se agrupaban al rededor de los que montaban en coche, para ver si encontraban algun amigo que les pagase el viaje para volver á México, en tanto que no pocos se veian precisados á esperar la luz del dia, sentados debajo de

un sombrero, ó á volver á pié á la capital, haciendo una jornada de cuatro leguas, sin lastre en el bolsillo, ni en el estómago.

El ómnibus en que hemos visto entrar á Willey y á Félix, se disponia ya á partir.

En aquel momento llegó á aquel sitio Diego, el esposo de Elisa, pálido, con la corbata en desórden, con los ojos inyectados en sangre, y como fuera de sí, queriendo entrar en el carruaje.

Pero no tenia dinero.

El doctor, al verle, se cubrió para no ser descubierto, entre las muchas personas que ocupaban el ómnibus.

Su objeto era dejarle allí, para poder hablar á Elisa sin temor de ser sorprendido.

La oscuridad de la noche era ya completa.

El cochero subió en el pescante: dió el grito de "vamos," y mientras el carruaje partia velozmente, llevando á los individuos que habian penetrado en él, Diego, con los brazos cruzados, quieto en medio de la plaza como un insensato, ardiendo la frente y oprimido el corazon, pronunciaba palabras



incoherentes, como un desgraciado á quien ha abandonado la razon.

¡Hacia un momento que era dueño de muchos miles de duros!

¡Ahora nada tiene que llevar á su familia!

## CAPITULO XI.

Una sorpresa.

—¿Tampoco esta noche vendrá papá á dormir á casa?

Decia la hermosa niña Julia á la infeliz Elisa, mientras su hermana Teresita tenia enlazado con uno de sus lindos brazos el cuello de su mamá, y extendia el otro dando la mano á su querida hermana.

—¡Tampoco, hija mia!

Contestó trismente la desdichada madre exhalando un suspiro.

—¿Y no sabes cuándo vendrá?

—No, Julita, no lo sé.... ¡tal vez mañana! Sí, yo espero que venga mañana.